

Hugo D. Barbagelata

# Una Centuria literaria

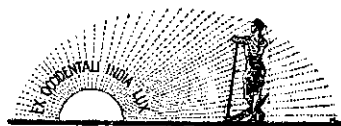
(Poetas y prosistas uruguayos):

1800-1900,

53362

*América del Sur.*

*U. 865  
L. 39*



BIBLIOTECA LATINO-AMERICANA

8, rue Pigalle, PARIS

HAISSA 1850-1870  
 ... 1860-1870  
 ... 1870-1880  
 ... 1880-1890  
 ... 1890-1900

# PROLOGO

... 1873-1963  
 ... 1873-1963  
 ... 1873-1963  
 ... 1873-1963

Obra de selección sincera y paciente es la que va a leerse.

En los países nuevos como el Uruguay, como en todos los de América, no puede existir lo que se llama literatura nacional propiamente dicha. Pero, todos aquellos, si cuentan con cierta tradición, han tenido intelectuales que se han dedicado con algún éxito al cultivo de las bellas letras.

Yo he procurado reunir en un volumen el conjunto de las páginas mejores de los poetas y prosistas de mi tierra que, por diversos motivos, no deben olvidarse.

Trabajo es el mío que nadie ha emprendido aún en el continente, al menos en la forma que yo lo hago. Al iniciarlo, tuve que optar entre dos soluciones: reducirlo a su mínima expresión, concretándome a reproducir trozos selectos de unos cuantos escritores o ampliarlo en lo posible, dando así al lector una idea exacta del mérito literario de los intelectuales uruguayos aparecidos hasta fines del siglo pasado.

Me he resuelto por el último temperamento, y a él me impulsaron, en gran parte, los sabios consejos de mi ilustre amigo José Enrique Rodó, quien jamás se negó a prestarme su apoyo, ora cuando yo tuve dudas sobre la elección de las páginas que debían reproducirse, ora cuando no estaba seguro de que tal o cual autor merecía ser incluido en la presente obra. (1)

Es natural que no todos los escritores que en este libro figuran fueron modelos de perfección y de fecundidad literaria. Los hay que en toda su vida no hicieron sino unas cuantas poesías sobresalientes o algunos discursos de alto vuelo. Mas, en conjunto, esas poesías y esos discursos, unidos a buenos trozos de historia y de crítica artística, dan aquella idea exacta a la que me refiero líneas arriba y en cuyo conocimiento he puesto mi mayor empeño.

Para facilitar su estudio, he dividido la historia comprendida en el

---

(1) En plena guerra europea, se juntaron las diversas partes de esta obra y se publicó el prólogo; en vida del autor de Ariel, quien nos ayudó, siempre generoso, a completar el trabajo. La muerte nos arrebató al Maestro, en Palermo, el 1° de Mayo de 1917. Por eso, años después, nuestro trabajo a su memoria y lo damos a luz sin enmiendas. Sólo anotaremos el año del fallecimiento de algunos de los escritores que figuran en el texto y que desaparecieron cuando éste estaba ya ordenado y pronto para ser impreso. — Paris, 1923.

volumen que sigue en seis periodos, aunque no sean muy precisos los limites que determinan a éstos ni de rigurosa exactitud las fechas que los marcan. Algo semejante sucede con los datos que se refieren al nacimiento y a la muerte de los autores anotados en el mismo, para los que me ha sido necesario recurrir, más de una vez, a informes obtenidos de segunda mano.

El antólogo debe ser respecto a su obra lo que el cicerone en los museos : el guía que lleva al curioso ante los grandes monumentos para que los vea y los juzgue. Por eso, tanto en la reseña que los precede como en las breves notas que acompañan a los trozos literarios reproducidos en este tomo, he hecho más labor de historiador que de crítico, librando al criterio de los lectores el juicio que les merezca cada uno de los literatos que la colección presenta.

#### EL AUTOR.

MARTINEZ VIGIL, CARLOS 1870-xxxx -	3, 108, 110, 111, 112
PAPINI GULMAN, 1878-xxxx -	"
PEREZ PETIT, VICTOR, 1871-1947 -	"
PEYLES, CARLOS 1868-1938 -	"
RODO, JOSE ENRIQUE, 1871-1917 -	"
VAL FERRERIA, CARLOS, 1872-1957 -	"
VAL FERRERIA MARIA EUGENIA 1871-1924 -	"
LIANA, JAVIER DE, 1868-1926 -	"
ZUBIHAGA, JUAN ANTONIO, 1870-xxxx -	"
PROVENCY Y VILES, MELCHOR - DISCURSOS	
PROVENCY, JOSE PEDRO - DISCURSOS	
REYNOLDA QUINTERO, JOSE - DISCURSOS	
ROBERTY, MARCELO - DISCURSOS	
REYNOLDA, RUBEN CARLOS - DISCURSOS	
RODRIGUEZ, CARLOS MARCELO - DISCURSOS	
REYNOLDA	
Y... ..	

# LA LITERATURA URUGUAYA

## I

Cuando alboreaba el siglo XIX, el Uruguay era una inmensa estancia, jaloneada por algunas poblaciones rudimentarias que alimentaban un puerto y centro urbano algo respetable, frente a la capital de un virreinato de no muy antigua data.

Monstruo de dos cabezas, la propia y la de la vecina Gobernación de Montevideo, dicho virreinato vió crecer ambas paralelamente, haciendo viajar las ideas que en él se divulgaban de los colegios de Monserrat y Loreto, en Córdoba, al de San Carlos de Buenos Aires, frecuentado por discípulos montevideanos. Rivalidades político-económicas suscitaron hondas divergencias entre súbditos de virreyes y gobernadores, mas la cultura que sus intelectuales adquirieron tuvo, sin duda, un mismo origen.

Así como franciscanos y jesuitas (1738-48) con sus ricas bibliotecas fueron los primeros en imprimir en ambos centros urbanos sus disciplinas y sus restringidas lecciones de latín y de preceptos bíblicos, así también fueron sectarios de unas y otras congregaciones o contrabandistas portugueses, flamencos y franceses los que introdujeron, a escondidas, libros vedados, que pasaron pronto de mano en mano entre los que aspiraban a instruirse en las dos orillas del Plata.

Es en 1787 que el canónigo Juan Baltasar Maziel llega a Montevideo desterrado de Buenos Aires, trayendo consigo sólo algunos libros que se le ha permitido sacar de su valiosa colección; y como Maziel, vienen luego otros, cuyos nombres se pierden en la lista anónima de los religiosos que en el Plata se afiliaron más tarde a uno u otro de los bandos antagonicos de la Revolución de 1810. Las querellas de dos puertos rivales no llegaban a matar el intercambio de ideas, y aquel erudito Larrañaga, quien acompañó como capellán al ejército que con Liniers a su frente fué de Montevideo a la reconquista de Buenos Aires (1806), es el mismo antiguo discípulo de los colegios de Córdoba y de San Carlos, que años después desea que su país transija con el *porteño* que venía a imponerle su ley. No faltan ejemplos probantes de que el afán de instruirse era más fuerte que antagonismos fatales debidos a la vecindad, y de que, desafiándolos, los hijos de familias pudientes de Montevideo no trepidaban en ir a educarse a Buenos Aires donde no les faltaron compañeros que con la misma altura de miras supieron comprenderlos y estimarlos.

Cien años después de fundado Montevideo, o sea en 1829, el total de habitantes de la nueva nación cuya capital representaba era de unos 74.000, de los cuales 14.000 le pertenecían. Nueve centros más completaban el país, de 11.000 almas el más denso, contando el que menos con 5.000 pobladores. Las reformas liberales del rey Carlos III, que repitió en España después de haberlas ensayado en su gobierno de las Dos Sicilias, tuvieron su repercusión en las colonias de América, y un resto de ellas quedaba en las escuelas montevideanas en aquel 1829, en la época en que el poder republicano vino a sustituir en la enseñanza pública a los otros que le habían precedido.

Pero las puertas entornadas de los colegios mediocres y las bibliotecas de los clérigos, apenas entreabiertas, no fueron las que

## HORAS DULCES

Con ardiente fantaseo,  
Aquel dichoso domingo  
Lauro engalana su pingo  
Para risueño paseo.  
Lleva un brillante trofeo  
De prendas en su tostado,  
Y corona su recado,  
Vestido de oro y de plata,  
Un sobrepuesto escarlata  
De terciopelo bordado.

Luce con gracia y soltura  
Traje rural de paisano,  
Que al campero veterano  
Le da vida y galanura.  
Y al recorrer la llanura  
Y al pisotear la cuebilla,  
Cuando su flete amartilla,  
Parece el criollito Lauro  
Un elegante centauro  
Engarzado en la gramilla.

Va con rumbo a la morada  
De la dueña de su mente,  
La que con ansia vehemente  
Lleva en el alma clavada.  
Hace al trote la jornada;  
Y al acercarse al rancho,  
Como quien guarda un delito,  
Suspira muy fatigado  
Y arregla bien su recado  
En el último bajito.

Llega. La sencilla gente  
De aquella casa encantada  
Lo recibe entusiasmada,  
Con amistad elocuente.  
Lauro nota una corriente

Que no puede dominarla,  
Y aunque resuelve ocultarla,  
Cuando saluda a la rueda,  
Hay una mano de seda  
Que se estremece al tocarla.

Corre una brisa de amor  
Por el aire de la sala,  
Que dulcemente resbala  
Entre sendas de rubor.  
El acuerda con vigor  
Matar pueriles sonrojos;  
Pero al templar sus arrojios  
Para contar que delira,  
La palabra se retira  
Y se avergüenzan los ojos.

Así se agita un momento  
La pasión correspondida,  
Y crece y toma más vida,  
Y lucha con más aliento.  
Vence al fin el sentimiento  
Como en forma de locura,  
Y en instante de ternura,  
Con frases tibias y pocas,  
Surgen de aquellas dos bocas  
Mil ofertas de ventura.

Poco después, embriagado  
Por una emoción extraña,  
Cruza la verde campaña  
El jinete del tostado.  
Siente un algo delicado  
Que a definirlo no alcanza,  
Y con ruda faz avanza,  
Mientras esconde silbando  
Recuerdos que van jugando  
Con una fresca esperanza.

# CARLOS ROXLO

(1860)

---

Si exceptuamos a Zorrilla de San Martín, cuya « Leyenda » leen, por lo menos una vez, los niños de su patria, ningún poeta es más popular que Roxlo en el Uruguay. — Ha cultivado el periodismo y la oratoria, pero siempre el poeta sobresale entre sus artículos y discursos, el poeta sentimental y patriótico, el de *Andresillo* y el de los *Cantos de la tierra*. — Ultimamente ha recogido sus mejores poesías en un bello volumen y ha obsequiado al « terruño », que tanto ama, con una *Historia crítica de la literatura uruguaya*, en siete tomos, que si no brilla por lo sintética y armoniosa, atrae, al menos, por el caudal de erudición y por los buenos propósitos que encierra. Tiene, además, entre folletos variados, dos obras didácticas: *Los poetas del Renacimiento* (1911) y *Curso de Estética* (1910). Su libro en prosa sobre las *Glorias de América* es de orden inferior, y en él Roxlo no parece el mismo vate que cantara *Luces y Sombras* (1905) y las bellezas de *El país del Trébol*. Otros libros son: *Flores de Ceibo* (1910) y *Cantos de la tierra* (1902 y 1914), de poesías todos. — Se estrenó en el teatro con un ensayo dramático: *Ilusiones perdidas* (1878). En 1915 dió a luz un volumen con cinco dramas en dos actos.

---

## ANDRESILLO

---

### I

« La Libertad », « El Pueblo », iba gritando  
Por calles y por plazas,  
Cuando el jardín se cubre de heliotropos,  
De azules lirios y de rosas pálidas.  
« La Libertad », « El Pueblo », repetía  
Sobre el fango y la escaroha,  
Cuando tiemblan los árboles desnudos  
Y se encorvan las ramas.

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido  
El pantalón que a la rodilla alcanza;  
Sobre el cabello inculto, vieja boina  
De dudoso color y rota malla;  
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,  
Por calles y por plazas,  
A la lluvia y al viento,  
Sobre el fango y la escaroha,  
Iba gritando con su voz ya ronca:  
« La Igualdad », « La República », « La Patria ».

### II

Se llamaba Andresillo y contaría  
Diez primaveras a lo más: su infancia  
Fué una penumbra dolorosa y triste,

Como aurora de un día de borrasca;  
Un pasaje del Dante: una tragedia  
Escondida en la bolsa de una larva.

Recogido del suelo del suburbio,  
Hijo de la embriaguez y de la infamia,  
Creció entre golpes y denuestos, solo,  
Sin escuchar jamás esas palabras  
Que parecen el salmo de las cunas  
Y que las madres verdaderas cantan.  
No le vieron jamás sus compañeros  
En los alegres corros de la playa;  
Ni precedió a las tropas en revista,  
Al vivo són de la marcial charanga;  
Ni merodeó jamás en los frutales  
Que la ciudad circundan; ni su charla  
Hizo sonreír al viejo transeunte  
Que junto al grupo de chicolos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre,  
Junto a un hogar sin llamas,  
Y apenas supo andar, sus manecitas,  
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!  
Ofrecieron temblando al pasajero  
Esas hojas inmensas en que vagan,  
En orden apiñado,  
Las líneas negras y las líneas blancas.

Vendiese poco o mucho, eran los golpes  
La recompensa diaria;  
Y fuerza fué agotar la mercancía:  
Gritar: « El Porvenir », « La Democracia »,  
« El Progreso », « La Idea », con voz ronca,  
Bien estridente, alta,  
Para aplacar la furia del verdugo,  
De la mujer salvaje y sin entrañas  
Que adoptó porque sí, por hacer algo  
Al hijo del misterio y de la erápula.  
Si el niño — ¡Perdón, madre! — le decía  
Deshaciéndose en lágrimas,  
Aquella furia contestaba alzando  
Su diestra de gigante:  
— ¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...  
¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla! —  
En tanto un hombre, que pasaba ebrio  
Por la misera estancia,  
Azuzaba a la bruja murmurando:  
— Haces bien: ¡que se duerma o que se vaya! —

Así pasó del huérfano  
La dolorosa infancia:  
¡La infancia de Andresillo, un condenado  
De que el Dante no habla!

## III

Una noche de invierno, triste y fría,  
 Noche de lluvia sepulcra y opaca,  
 Andrés enfermo, pero alegre y ágil,  
 Volviendo a su prisión cruza una plaza.  
 No es fácil que le peguen; ha vendido  
 Cuanto quiso vender, y aun cuando se halla  
 Con fiebre y muy cansado, sólo el frío  
 De la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña  
 Huérfana como él, como él oleada  
 Del fango, de la sombra, y compañera  
 De oficio y correrías. — ¿Qué te pasa?  
 ¿Por qué lloras? — le dice, y sollozando

La pequeñuela exclama:

— ¡Que no pude vender todos los números  
 Y me van a matar! — ¡Mi pobre Paula!  
 ¿También a tí te pegan? — ¡Es por eso  
 Que tengo miedo de volver a casa! --  
 — ¿Cuántos números tienes? — Andrés dijo.  
 — ¡Ocho! — responde la pequeña. ¡Oh santa  
 Compasión del insecto por el átomo!  
 Andrésillo, infeliz, la frente baja,  
 Compra los ocho números y sigue  
 El camino que lleva a su morada,  
 Calculando los golpes que le esperan,  
 Llena de angustia el alma,  
 ¡Mientras que de rodillas en la noche,  
 Sobre las nubes pardas,  
 La madre de la niña sin ventura  
 De gratitud y de dolor lloraba!

## IV

Llegó Andrés a su cueva; vió en lo obscuro  
 El gastado jergón de húmeda paja,  
 Y sobre tosca fuente, junto al fuego,  
 El humo de las viandas.

— ¡Si te queda algún número, a la calle ! —

La mujer le gritó. — ¡La noche es mala  
 Y no pude vender! — con ronco esfuerzo  
 Del niño balbucea la garganta  
 Ya llena de sollozos. — ¡A la calle!  
 ¡A dormir en los bancos de la plaza! —  
 — ¡Estoy enfermo y la ventisca sopla! —  
 — ¡A la calle, repito! — Y la gigante,  
 Hecha una furia de cabellos rojos,  
 Dejó al niño y la sombra cara a cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron  
 Es un misterio aún; tal vez el alma  
 Enternecida de la pobre madre



Sobre el niño tendió las leves alas.  
Lo cierto es que al venir el nuevo día  
Los quinteros que entraban  
En la ciudad, rigiendo adormecidos  
Con mano floja, las carretas tardas,  
Le vieron con asombro  
En el umbral oscuro de la casa  
Livido, inmóvil, azulado, muerto,  
A la confusa claridad del alba!

---

## LA CANCIÓN DE AÑANG

(1572)

---

¡Yo soy Añang! — Al brillo de la luna  
El lechuzón tras de mis pasos va,  
Cuando espineo el fruto de la tuna  
Y con mis pies aplasto el camará.

¡Yo soy Añang! — el réprobo, el maldito,  
El ángel de la noche, el tentador  
Que azuza a los chimangos del delito  
Y empozoña las ansias del amor.

¡Yo soy Añang! — ¡Yo aprieto las cadenas  
Que en las manos del indio coloqué,  
Y sepulto entre cálidas arenas  
A la púdica flor de caicobé!

¡Yo soy Añang! — ¡Me angustian de la aurora  
El brillo azul, el canto del sabiá,  
Y aborrezco al charrúa porque adora  
En el piadoso culto de Tupá!

¡Yo soy Añang! — el que enseño la ciencia  
De los embrujamientos al machi,  
Y esgrimo de los rayos la fulgencia  
Como corvas espadas de rubí!

¡Yo soy Añang! — el grito del pampero  
Que deshoja a la flor del guayacán!  
Yo punzo con los dardos del zarcero  
Y hago crujir los dientes del caimán!

¡Yo soy Añang! — Los vicntos del otoño  
Desato sobre el monte cimbrador;  
Soy la oruga en lo verde del retoño  
Y enturbio el agua del raudal cantor!

¡Yo soy Añang! — Tejidas por mi mano  
Están las negras sombras del ahúé,  
Y yo tejí con heces del pantano  
Lo innoble del viscoso saguaypé!

¡Yo soy Añang! — Yo rujo en la espadaña  
 Con el fiero rugir del concolor,  
 Y yo labro la dúctil telaraña  
 En que se enreda el grácil picaflores!

¡Yo soy Añang! — Yo subo a las colinas  
 Donde mi cadáver sepultado está,  
 Y con mis voces pueblo das neblinas,  
 Blasfemando del culto de Tupá!

¡Yo soy Añang! — Con el cadáver juego,  
 Esparzo de sus armas el montón,  
 Y los despojos del charrúa entrego  
 A las hambres sin fin del cimarrón!

¡Yo soy Añang! — Las aves cantadoras  
 Siempre con furias de carancho odié,  
 Y yo tejí con cimbros de totoras  
 La fábula espectral del caburé!

¡Yo soy Añang! — Se acerca la batalla;  
 ¿Quién en el rudo choque triunfará?  
 ¡Con los que visten de luciente malla  
 El ángel de las sombras estará!

¡Yo soy Añang! — Por odio a mis altares,  
 La tribu ante otra excelsitud se hincó:  
 ¡Yo voy a hacer que cruce los palmares  
 Un largo río de matiz punzó!

¡Yo soy Añang! — En el hispano acero  
 De mis centellas vibrará la luz:  
 ¿Os libertásteis de mi yugo fiero?  
 ¡A unciros voy al yugo de la Cruz!

¡Yo soy Añang! — Mi silbo de serpiente  
 Sobre vuestro infortunio flotaré,  
 Cuando clave mis brumas en la frente  
 Inmensa y luminosa de Tupá!

---

## EL CHURRINCHE

---

¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Es su pasión el monte!  
 ¡Con todos sus instintos tiende a la libertad!  
 ¡Dejadle que escudriñe gozoso el horizonte!  
 ¡Dejadle que recorra feliz la inmensidad!

Del último charrúa el corazón rasgado,  
 Un charco con su sangre rojísima formó:  
 ¡Allí tiene su génesis el pájaro encarnado!  
 ¡El último suspiro charrúa lo engendró!

¡Por eso, por su heroico origen de leyenda,  
Es una llama el pecho de ese hijo de la luz!  
¡Por eso es que construye su rústica vivienda  
Allí donde es más brava la espiga de la cruz!

¡Parece que el espíritu de aquella raza errante,  
De aquella raza indómita que exterminó al bohán,  
Lafiera en esas plumas de brillos de diamante  
Más rojas que las rojas entrañas de un volcán!

¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Nuestro churrinche quiere  
Lucir al aire libre su clámide punzó!  
¡Si le enjauláis, muy pronto de consunción se muere!  
¡Del águila se ríe! ¡De las cadenas, no!

¡Lo mismo que el charrúa, cuya indomable esencia,  
Palpita en su coraza de plumas de rubí!  
¡Dejadle sus instintos de noble independencía!  
¡Son como el testimonio de que ha nacido aquí!

¡Oh maravilla alada de cegador plumaje  
Que de los patrios cielos cruzas la inmensidad,  
Inspíranos tu indómita, tu inmensa, tu salvaje  
Pasión de luz y altura, pasión de libertad!

¡Enseñanos, prodigio de grana refulgente,  
A amar a la nodriza del ceibo y del ombú,  
Con el afán sin límites y con el culto ardiente  
Con que la amaba el indio de bronceada frente,  
El indio empenachado con plumas de ñandú!

---

## LOS REDODOMONES

---

Van pasando voladores,  
Van pasando como sueños,  
¡Como nubes  
Empujadas por el soplo del pampero!  
¡Cruzan sierras, cruzan llanos,  
Y se pierden en las frondas cuyo incienso  
Rima el himno de la lumbre  
En los cálices de plata y en los cálices bermejos!

¡La leyenda  
De los siglos que se fueron,  
Siglos duros  
Como el hierro,  
Va enredada en los abrojos  
De las erines de su cuello,  
Y el espíritu del pago  
Del churrinche cuyas plumas brillan rojas como el fuego,  
Los envuelve con sus zunos  
De zauzal y plumerillo, de mataojo y calaguala, de apio  
[cimarrón y trébol!

Así van los redomones  
Del ejército,  
Cuyas lanzas de tijera  
Son flechazos del sol nuestro!

Así van a toda brida,  
Por los mundos fabulosos del ensueño,  
Galopando los rosillos,  
Los cebrunos, los overos  
Y las puntas de sus crines,  
Al balance de los vientos,  
Siempre, siempre, siempre y siempre  
Nos señalan, como dedos,  
El lugar del horizonte  
Brillador como un espejo,  
Donde nace y se desangra  
La recunda y quemadora refulgencia del sol nuestro!  
¡El isócrono galope de sus cascos

Va creciendo  
En la lira de los aires  
De las cumbres y las llanas del desierto,  
Y concluye desbordando  
Por formar un himno inmenso,  
Infinito, majestuoso,  
Y que el parche de las olas, de los bosques, y los ecos  
Cantará sobre la patria  
Mientras hile sus ovillos la hilandera de los tiempos!

¡Son los potros artiguistas!  
¡Los rebeldes, los charruías, los salvajes! ¡Son aquellos  
De las Piedras y el Rosario!  
¡Son los épicos  
Redomones de las tropas  
De Latorre y de Sotelo!  
¡Son los potros de India Muerta!  
¡Son los potros que sintieron  
La tronada del trabuco  
Naranjero!  
Son los potros que morían  
Envolviéndose en los flecos  
De las grandes tricolores,  
De las rotas y baleadas tricolores de los nuestros !

¡Son los potros  
De ojos negros,  
Crin inculta,  
Curvo cuello,  
Talla corta,  
Fuertes remos,  
Resistentes a las hambres,  
A los hálitos del cierzo,  
Al hocorno del estío  
Y a las lluvias del invierno!  
¡Son los de las viejas trillas!

¡Son los de los años viejos!  
¡Son los de la gran leyenda,  
La que cantan los bordones encarnados de los ceibos,  
La que cantan nuestros tigres en lo verde de los juncos,  
La que cantan los ombúes sacudidos por el viento,  
La que cantan nuestros ríos bajo el toldo de totoras  
Donde brilla lo rosáceo de las alas musicales del flamenco!

¡Pasan, pasan, pasan siempre  
Con un rosario soberbio  
De pelajes polieromos y de crines abrojasas,  
Galopando por los valles de los mundos del ensueño!  
¡Clarinadas son de triunfo  
Sus relinchos altaneros,  
Y en el éter impalpable  
Las bandurrias de otros tiempos,  
El bordón, que es un arrullo,  
Y la prima, que es un beso,  
Van rimando las patrióticas  
Décimas de Valdencero.  
Al compás de los corcovos,  
Espantadas y escarceos  
Del tropel apocalíptico  
De los zainos que mordían los obuses extranjeros!

¡Van desgarrando las nubes  
Con sus balances homéricos!  
¡Los tordillos son de plata!  
¡Los alazanes de fuego!  
¡Son las chispas de sus caseos  
Como siembras de fulgentes soles nuevos,  
Y se encorva la flexible  
Redondez de su pescuezo,  
Como el brazo de las ánforas en que Lúculo ponía  
El arroyo de granates de sus uvas de Falerno!

¡En sus grupas,  
Que ya ondean y se borran a lo lejos,  
En sus grupas buriladas  
Con buriles embrujados por el numen de los sueños,  
Brilla suavemente el bronce  
De los trigos más morenos,  
De los trigos en que entonan  
Los chingolos y chajáes sus nocturnos chopinescos!  
¡Y las nubes,

Unas nubes que son copia del excelso  
Cortinaje que atraviesan a los rayos del estío.  
Y en selváticas bandadas, los azules tordos nuestros  
Se deshilan, dibujando  
Con el hilo de sus flecos  
Chuzas, sabies, tercerolas y banderas tricolores,  
Que cimbrándose y crujiendo  
Cantan himnos de clarines  
Montoneros!

¡Son los himnos del pasado!  
 ¡Son los himnos que dijeron,  
 Santamente y de rodillas, Andresito y Monterroso!  
 ¡Los soldados de la patria, los soldados de otros tiempos!  
 ¡Son los himnos que la noche  
 Tañe, al pasar por los brezos,  
 Cuando enciende la chinesca lamparilla de los tucos  
 Sobre el cono de las cumbres de Peralta y Vizcaíno, de  
 [Botete y Lunarejo!

## CARLOS REYLES

(FRAGMENTO DE LA *Historia crítica de la literatura uruguaya*)

De gallarda estatura; flexible y airoso; con la bizzarria y la elasticidad de la fuerza educada; pálido, de ojos negros y nariz femenina; la boca firme y el bigote sedoso; diestro en el florete y en el cabalgar, en las artes del lujo y de la cortesía caballeresca; no habiendo conocido los torcedores de la estrechez, pero sin ignorar los gozos salubres del trabajo fecundo, — Reyles, ganadero utilísimo y experimentado, es también un experimentado y soberbio escritor de novelas. No se distinguía, en el colegio de primeras letras, por sus asiduidades y contracciones; pero, apenas le apuntó el bozo en el labio despreciativo, se impuso la misión de honrar con su talento, que no era poco, la herencia de millones que heredó de su padre, y ha cumplido el empeño con viril constancia, legando a los que vienen el fúlgido y fortísimo milagro de su *Beba*.

Dióse a leer no poco, y leyó con provecho lo que merecía. Entre los españoles le cautivaron, amén de los antiguos como Cervantes, Pereda y Galdós, y le cautivaron entre los franceses, amén de los antiguos como Le Sage, Flaubert y Zola. También anduvo en ratos con la filosofía; pero, poniendo en conformidad sus preferencias de metafísico con sus hondas afecciones de literato, almacenó en los anaqueles de su biblioteca, si mi memoria no yerra el vado, a Comte y a Spencer, sin olvidar a Darwin, dejando a otros entretenerse en el comercio con Geruzez, aunque, a ratos perdidos Reyles gustara a Balmes. Anduvo en frecuentes manoseos con los volúmenes de Rivadeneira, algunos de los cuales revisé en su casa, sabiendo discernir, académicamente, sobre los pasajes de más valía de la de Zayas y Hurtado de Mendoza, Avellaneda y el buen Quevedo.

Esto no le impidió cuidar de sus haciendas con científica lucidez, dando lecciones a los ganaderos de más lustre y edad. Estudió nuestra industria, conoció sus errores, sembró lo nuevo sin reparar en gastos, luchó valiente con los prejuicios de la rutina ignara, predicó mejoras con el ejemplo de lo que obtenía, e impuso los productos de sus sementales en el mercado rioplatense, como impuso las obras de su pluma castiza en el mercado universal del libro triunfador.

No nos extraña que ese gran señor, afecto a romances, dedique sus horas a la bovínocencia y estudie ardentemente la economía rural. ¿No sabemos, acaso, por Marcel Franco, que los príncipes de Mecklembourg preparan jamones y crían caballos en Alemania, que lord Hamped elabora manteca fina y óptimos quesos en Inglaterra, y que

y a su autor eximio, pues amar con ardientes fervores la verdad augusta, es amar con fervores devotos a la vida santa, a la vida buena, a la vida inmortal. No hay hermosura en aquello que la verdad no roza con su varilla de maga excelsa, porque la vida no existe donde la verdad falta y no hallaréis belleza donde no hay vida. Lo que sí es punible es transformar cuando hay que describirlo necesariamente, el detalle villano en la rueda motriz del capítulo entero, halagando las bajas sensualidades del lector sin pudores viriles y sin gustos artísticos. Y lo que sí es punible, cincuenta veces, es no parar mientes en que la verdad para ser estética, necesita vestirse con estéticas galas, pues, la verdad para ser verdadera, no necesita ser bicea y narigona, coja y maloliente, desgarrada y sucia, con innobles mirares de mujerzuela y canallescoc decires de mesón. No es necesario, para demostrarnos que ama la verdad, que el autor holgüe con la verdad como el marido con su mujer, pues, si la verdad es una soberana, no debe, por respeto a lo divino de la realeza, divulgar imprudentemente los goces de su alcoba. Sólo gana, con ello, desmonetizarse en el concepto y ante los ojos de las gentes honradas, por lo que, entre los matices del naturalismo, el que menos le beneficia es aquel que desnuda, hasta dejarla en cueros, a la verdad santa, que, por virgen y bella, debe ser pudorosa y de casto pensar. Reyles, en sus franquezas de buena ley, no llegó a agredirla hasta violarla a modo de saltador, y como en 1894 una buena parte del público creía aún que el naturalismo no era sino podredumbre poco evangelizante, en 1894 una buena parte de la crítica le negó astuta su progenie calológica a *Beba*.

Mal hecho. La verdad no necesita de composturas. Aquel autor era naturalista, aunque morigerado por su comercio con el realismo de la novela española de entonces, de la novela que cultivaban Galdós, Pereda, Munilla, Palacio Valdés y la Pardo Bazán. Bueno es recordar que, por aquellos días, imperaba el naturalismo en la vieja Europa, de donde lo importó, imponiéndolo al público, la pluma de Reyles. Y justo es decir luego que, como todo pasa, el naturalismo ha pasado también, dejando entristecido que lo sustituya la tendencia mística, espiritual y neocatólica que, iniciada por los poetas Francis James y Adolfo Retté, se va apoderando de los filósofos como Olmont y de los novelistas a la manera de Claudia Sybre, antes de extenderse conquistadora sobre la Francia, de donde algún ámigo de novedades nos la traerá, en su buque retórico, a los pueblos de América.

---

# JOAQUIN DE SALTERÍN

(1858)

Hace unos cuarenta años, un joven de unas veinte primaveras obtenía, por su poesía *La Lira rota*, el segundo premio en el histórico certamen celebrado en la Florida. De entonces acá, ese cultísimo espíritu, transformado en un verdadero hombre de ciencia respetable en todas partes, ha seguido produciendo trabajos literarios, a los que no se opusieron ni sus ocupaciones de oculista, ni sus tareas de ministro o de diputado. — Romántico por elección y por temperamento, no ha juzgado necesario separarse de una escuela fuera de moda ya, y el Salterain que hoy publica *El ritmo eterno* en « Vida Moderna », es el mismo que ayer daba a luz sus versos en aquellas hojas simpáticas de los « Anales del Ateneo ». — Bajo el título de *Intimidades*, juntó ha poco, en un volumen, una selección de sus poesías.

## HELÉNICA

Arrobador, dulcísimo, halagüeño  
Cosmorama del sueño...  
...Lejano, transparente, rumoroso,  
Columpio de la brisa,  
Esfuma los contornos de su risa,  
Con ritmo cadencioso,  
El perpetuo vaivén del mar Egeo;  
Más lejos, el Pireo,  
Surcado por convoyes de bajeles;  
Perdida en lo hiperbóreo,  
La sombra del Pentélico marmóreo,  
Donde templó sus ansias Praxiteles;  
Mirando hacia el Oriente, los vergeles  
Y perfumados bosques del Himeto;  
La cumbre del Acrópolis escueto,  
Al indolente sátropa vedado,  
Como al heleno artifice rendido,  
Y sobre sus arenas,  
Con hálitos de genios esculpido,  
Y al culto de la gloria consagrado.  
El Partenón de la inmortal Atenas.  
El arbol de la grandeza humana,  
En su expresión más noble traducida,  
Sonriendo a las conquistas del mañana,  
Exaltando la vida;  
El beso de la flor en los jardines,  
De los vastos confines,  
La línea desenvuelta,

Con precisión de ritmo cadencioso.  
Armónica y esbelta  
Y de aspecto sereno y majestuoso.  
La sugestión del arte gigantea,  
La realidad viviente, definible.  
Lo bello, diseñado en lo tangible  
La forma, idealizada con la idea,  
Visión, cuanto lejana, esplendorosa,  
¿Quién, como tú, radiosa,  
Iluminando siempre, le sugiere  
Poemas al amor, y nunca muere,  
Olvidos al despecho y le comprime.  
Desdenes al ingrato y le perdona,  
Anhelos al esclavo y le redime,  
Lauros al vencedor y le corona?  
Contigo dialogaron,  
Las ninfas, las nereidas, y sirenas.  
Los céfiros alados conversaron,  
Sonriendo con los mirtos y verbenas  
De las frondas amenas.  
El tono del ambiente,  
Con tintes apacibles diseñado,  
Difundió sus matices,  
Del otero al vallado,  
Del rostro, hasta la mente.  
De los pueblos alegres y felices,  
Al colérico ultraje,